

# DIOS, RELIGIÓN Y RELIGIOSIDAD EN LA OBRA DE MARÍA VICTORIA ATENCIA

Antonio A. Gómez Yebra  
*Universidad de Málaga*

**RESUMEN:** María Victoria Atencia es una poeta creyente. Desde su infancia se educó en colegios donde aprendió las verdades fundamentales de la fe católica. Así fue creando vínculos esenciales con Dios, y, tras pasar por la noche oscura del alma, reconvirtió poética y personalmente las figuras bíblicas de Marta y María, las hermanas de Lázaro, en una sola, con la cual se siente plenamente identificada. Su revisión del papel de María, la madre de Jesús, la lleva a cuestionar posicionamientos culturales judíos que no comparte.

Palabras clave: Dios, religión católica, Biblia, Virgen María, ángeles.

**ABSTRACT:** María Victoria Atencia is a poet and abeliever. Since childhood she was educated in schools where she learned themain truths of the Catholic faith. Thus she started creating essential linkswith God, and after going through the dark night of the soul, she reconverted, poetically and personally, the biblical figures of Martha and Mary, Lazarus' sisters,into one, with which she feels totally identified. Her revision of Mary's role (Jesus' mother) makes her question cultural Jewish positions which she does not share.

Key words: God , Catholic, Bible, Mary, angels.

La poesía de María Victoria Atencia está hecha de fervores y de claridades, dijo Manuel Alcántara cuando la presentó como pregonera de la Semana Santa de Málaga en 1985.

Fervor y claridad parecen dos términos imprescindibles para ocuparnos de la religión y la religiosidad en la obra de la poeta malagueña que en los últimos años está acaparando los mayores galardones de la lírica española.

Su mundo –añade el amigo columnista y poeta que la conoció siendo una adolescente– está lleno de confidencias esenciales, y hay que ser dignos de esa confianza para saber escuchar<sup>1</sup>.

Fervor, según el *DRAE*, es ‘celo ardiente hacia las cosas de piedad y religión’, aunque no menos, ‘entusiasmo o ardor con que se hace algo’. Y María Victoria es “piadosa en todos los sentidos”<sup>2</sup>, incluso a través de los sentidos corporales que la llevan/elevan hacia el Dios (a veces *dios*) en quien cree, al que ama, a quien se dirige en no pocos momentos de su vida.

El contacto con Dios, oral (y sentimental), es una de las señales de la piedad de María Victoria, que cree en el Dios de la religión católica, tan fuertemente marcada por la herencia hebrea del Antiguo Testamento, pero que ella ha heredado fundamentalmente a través del Nuevo.

De los primeros libros de la Biblia hay alusiones y citas repartidas por toda su obra, baste recordar alguna del *Eclesiastés*, 3,5, (en *El mundo de M.V.*), del Génesis en varias ocasiones (“El día”, de *El Coleccionista*; la mujer de Lot, en *Compás binario*, el arcángel San Miguel, en *La pared contigua*, etc., etc.), un salmo (“Cementerio judío”, de *El puente*). Del Nuevo Testamento son frecuentes las incorporaciones de ángeles anunciantes, personajes como Marta y María, San Esteban, etc. Junto con la figura de Cristo, nombrado como “mi Señor”, y, por supuesto, su madre, María, coprotagonista con la propia poeta, de los poemas de *Trances de Nuestra Señora*.

María Victoria se educó en colegios católicos malagueños<sup>3</sup>, en una época propicia para tal formación, y su fervor natural se acrecentó durante la preparación para la Primera Comunión, de la cual guardó entrañables recuerdos, más tarde elevados a categoría poética. Claro que de ese momento también prevalecen en la memoria los ritos que acompañan al especial día en que la niña se vistió de blanco, incluso la liberación de las sandalias que llevaba en tal ocasión cuando consigue quitárselas para chapotear en el agua, pero queda la esencia del acto: “Renuncio a Satanás, sus pompas y sus obras”<sup>4</sup>.

1 Alcántara, Manuel. “Presentación del pregonero”. *Pasión del Sur. Pregoneros de Málaga*. M. Alcántara/María Victoria Atencia. Málaga: Prensa Malagueña, 2011. 71.

2 González Iglesias, Juan Antonio. “Serena, clásica, espiritual, viajera: la poesía de María Victoria Atencia”. *El fruto de mi voz*. M.V. Atencia. Salamanca: Universidad, y Patrimonio Nacional, 2015. 40.

3 El Colegio de la Asunción (Santa Clara) y el de la Sagrada Familia (El Monte).

4 M.V.A. “Santa Clara”. *Los sueños. La señal*. M.V. Atencia. Málaga: Ayuntamiento, Colección Ciudad del Paraíso 3, 1990. 54.

La renuncia a Satanás tiene que ver con la aceptación de Dios, un Dios con el que la poeta va creando vínculos esenciales que la convierten en una mujer religiosa. Y una mujer religiosa –una persona religiosa en general– es, por etimología, la que se relaciona con Dios, la que tiene a Dios presente en cada uno de los instantes de su vida, en cada uno de sus actos, en cada una de sus palabras. Una persona religiosa es, además, la que vive en su presencia, la que lo predica, la que la que da testimonio de lo que siente, la que, como cualquier enamorado, tiene continuamente, en la punta de la lengua, el nombre de la persona amada. En “Testimonio”, de *Marta y María*, se cumple lo que acabo de señalar:

Si esto de que doy fe a día tres de mayo  
no es cuanto me sostiene, venga Dios y me valga<sup>5</sup>.

La expresión que cierra el poema tiene mucho de coloquial, pero otras esconden un sentido bíblico indudable, como cuando la disposición orográfica de Castellar [de la Frontera], le hace meditar sobre el momento de la Creación del hombre, aquel instante mítico en que Yahvéh toma un poco de arcilla en sus manos y hace con ella una figura humana a la que posteriormente insuflará un aliento de vida. Castellar, villa-castillo gaditana edificada sobre un montículo, es un enclave primigenio, un territorio sagrado, situado en un lugar elevado, como otros que veremos más tarde:

#### CASTELLAR

Fuiste ya como ahora desde antes que la luz  
y las tinieblas fuesen, cuando Dios un instante,  
nos tuvo entre sus dedos y me pensó aquí mismo  
–mi morada suspensa, mi castellar cegado–,  
camino de esta última estancia que me llama<sup>6</sup>.

Claro que el primer libro del Pentateuco también sirve como referente cuando se trata de una obra de arte. En este caso, de una obra creada por Miguel Ángel: la tumba de los Médici, situada en la sacristía nueva de la iglesia de San Lorenzo, en Florencia. Las estatuas sobre el sepulcro representan el día (a la derecha), esculpido como un hombre corpulento, desperezándose; y la noche, a la izquierda, representada como una mujer madura. Ante esta obra escultórico-arquitectónica, M.V. también rememora los primeros momentos de la Creación y su agente directo:

5 M.V.A. *Marta y María*. Madrid: Ediciones Caballo Griego para la Poesía, 1984. 57.

6 M.V.A. *Compás binario. La señal*, 201.

## EL DÍA

Apenas si tallada, si deslumbrada, ciega  
 por el cincel aún,  
 la poderosa obra mira ceñudamente.  
 “Llamó Dios a la sombra Noche” (Génesis I, 5).  
 Para la noche eterna de los Médicis,  
 Buonarroti creó, contra el Creador, la luz<sup>7</sup>.

La poeta creyente advierte y señala la dicotomía sombra/luz en el sepulcro de los Médici y de inmediato vuelve sus ojos al Génesis, porque en el primer libro de la Biblia está la razón de esa dualidad que el artista renacentista consiguió plasmar.

Pero mientras la noche es el momento de las tinieblas, del triunfo de Satanás, la luz es, sin duda alguna, la señal de los cristianos (“Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas”, Juan 8,12). Isaías lo había vaticinado en el Antiguo Testamento: el pueblo que andaba en tinieblas ha visto una gran luz; a los que habitaban en tierra de sombra de muerte, la luz ha resplandecido sobre ellos (Isaías, 9,2). María Victoria recoge esta tradición y mensaje y los tiene muy presentes en *Trances de Nuestra Señora*. Especialmente cuando, como María, se ha sentido penetrada por el Espíritu Santo, y ha dado a luz al fruto de sus entrañas:

## LA LUZ

Me nació de la luz, y era la luz y yo no precisaba  
 de purificación o candelarias  
 o de aceite o de cera para alumbrar el cuarto.  
 Él crecía y crecía en su luz propia  
 sin merma por su corta edad o dimensión,  
 tan pequeño gran dios entre mis brazos<sup>8</sup>.

Se produce en el texto una revisión del pasaje (Lucas, 2, 22-39) donde, tras el parto, la Virgen va al templo para la purificación, como exigía la ley judía, (Levítico, 12;1-8). María Victoria, que se siente en la piel de la madre de Jesús, vive en otro momento histórico, muy distinto, veinte siglos después, y contradice la necesidad de ningún ceremonial para recuperar la pureza contaminada por haber dado a luz. El pequeño gran dios que tiene entre los brazos ha crecido en su luz propia.

7 De *Capillas medicæas. El coleccionista*. Sevilla: Suplemento nº 4 de Calle del Aire, 1979. 30.

8 *Trances de Nuestra Señora*. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 1997. 23.

En el poema “Candelaria” se completa la rectificación de la ley judía que consideraba impura a la mujer que había dado a luz. Una simple pregunta retórica cuestiona la vieja ley que ella considera caduca: “¿Era aquello impureza?”<sup>9</sup>

La llegada cotidiana de la luz, que es del Sol, y da realidad y actualiza las cosas, como ocurría en “Amanece, amanezco”, de Jorge Guillén, el poeta vecino, dejará otros momentos de reflexión donde la paz es consecuencia directa de la luz. Si Jesús es la luz, y él viene a traer la paz, María Victoria hace suya esa paz que le llega a través de la luz naciente abriéndose paso sobre la orilla y sobre la superficie del mar, un mar tan próximo a su casa que en alguna ocasión llegó a decir: “Bajo mi cama estáis, sombras, algas, arenas”<sup>10</sup>:

#### CERTEZA DE LA LUZ

Nada sé de este abrirse la luz de cada día  
sobre la siempre mar y su orilla de siempre,  
atenta solo a sus modos usuales:  
transige el sol penumbras que deciden por mí.

La paz os doy y déjoos  
la paz cuando esa luz se afirme en la ribera,  
la certidumbre de horas devueltas a mis lindes  
que aguardan de la mar su secreto trasvase<sup>11</sup>.

Como en el poema guilleniano de *Cántico*, la llegada de la luz despierta al mundo, lo resucita: también aquí todo lo inventa el rayo de la aurora, que invita a olvidarse de los restos de oscuridad todavía presentes en el lento amanecer. La poeta inicia un día en paz, santificado por las palabras de Jesús: “Mi paz os dejo, la paz os doy”<sup>12</sup>.

María Victoria Atencia es una mujer que pone a Dios en su vida y que se planteará cuestiones fundamentales, como Lope, cuando en “Sola de ti” contesta a la pregunta que emocionaba al autor de las rimas sacras —“qué tengo yo que mi amistad procuras”— para terminar respondiendo: “lo tienes todo, amor”<sup>13</sup>.

Pero antes de llegar a ese punto y hora que parece de despedida y cierre, M.V. ha ido detallando la evolución de esa entrega.

9 *Trances de Nuestra Señora*. 22.

10 “Mar”. *Marta y María*. 28.

11 *El hueco*. Barcelona: Tusquets, 2003. 15.

12 Juan, 14, 27.

13 “Sola de ti”. *Las iluminaciones*. Madrid: Salto de Página, 2014, 239.

En *Marta y María*, tras los momentos, días y años, de noche oscura del alma, avanza la poeta aunando lo material y lo espiritual encarnados en las personalidades divergentes de las dos hermanas de Lázaro: la acción y la contemplación, opciones que sacuden la intimidad de María Victoria y la obligan a plantearse qué será mejor. Finalmente la poeta se decide por hacerse Marta y María, por compaginar lo que ambas tienen de laica y de profesa. María Victoria contempla y actúa: la suya es una misión doble que ha ido descubriendo poco a poco, con la ayuda, desde luego, de los hijos que han ido naciendo y la han obligado a volver los ojos a lo cotidiano, en lo que nadie puede sustituirla.

La poeta se ha sentido involucrada por un Dios agente que le ha advertido, si podemos cambiar el sentido de Jesús ante la primera tentación: no solo de palabra vive el hombre, sino de pan amasado por unas manos imprescindibles, las suyas. Pan –que significa, desde luego, todas las labores domésticas– para quien está muy cerca de ella y lo necesita. Quizás por eso canta y cuenta:

#### QUÉ HACER SI DE REPENTE...

Qué hacer si de repente descubres que te habita  
abarcándote toda alguien que te es extraño  
y confunde tu lengua con un verbo distinto.  
De un lado para otro, en el día te busca  
arrastrando una lámpara y en la noche se siente  
con los ojos cegados por un sol de injusticia<sup>14</sup>.

Y no es fácil adaptarse al ritmo nuevo, aceptar la dualidad Marta-María, cuando se ha vivido siendo María, y ahora se acepta asumir también el papel de Marta. El cuerpo pide “Huir campo a traviesa, de par en par los brazos”<sup>15</sup>, y dejarse “Hacer trizas las horas que en las sienas me pesan [hasta] Hundirme poco a poco con este peso impuesto”<sup>16</sup>.

María Victoria entra en el fondo de ella misma, donde está lo más íntimo de su yo. Después de muchas horas de entrega a los quehaceres cotidianos<sup>17</sup>, necesita contemplar a quien denomina “amor mío”, y quedar llena de su gracia: “que tu mirada colme mi pecho de ternura / y enajenada toda no encuentre otro motivo / de muerte que tu ausencia”<sup>18</sup>.

14 *Marta y María*. Madrid: Ediciones Caballo Griego para la Poesía, 1984. 52.

15 “El duro pan”. *Marta y María*. 53.

16 *Ibid.*, *id.*

17 “después de tanta sangre entregada a la casa, después de tantas horas”, “Testimonio”, *Marta y María*, 57.

18 “Marta y María”. *Marta y María*, 58.

Claro que hay una revisión de María de Betania: María Victoria contempla, como ella, al amor de sus amores, pero se hace como Teresa, que lo encuentra entre los pucheros. Como la santa de Ávila, María Victoria mira con arrobos, y se percató de que la presencia del amado es efímera, porque el amor, como ocurre en la mejor poesía de todos los tiempos, también la mística, necesita purificarse con la ausencia del amado, tal como reconocía San Juan de la Cruz al quejarse en la primera estrofa de su *Cántico espiritual*: ¿A dónde te escondiste, / Amado, y me dejaste con gemido?<sup>19</sup>.

La separación es dolorosa (“Mas qué será de mí cuando tú te me vayas”<sup>20</sup>), pero la amada queda conforme porque se ha visto defendida por su amado, quien, sabemos por Lucas (10,41-42), recriminó a la mayor de las hermanas: “Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada”.

Amado, amada, términos tan presentes en la lírica de San Juan de la Cruz, no tienen cabida como tales en la obra de María Victoria. Solo aparece una vez “Amado” (con mayúscula) en “Santa Isabel la Real”, de *Compás binario*, (“y el nombre del Amado y un corazón sangrante”) y otra vez con minúscula en el poema “El libro”, de *De pérdidas y adioses*: “mi amado por instinto y conforme a una naturaleza”<sup>21</sup>.

Más frecuente es encontrar amor, enamorar/enamorado/a, incluso desamor, referidos a cuestiones humanas (amor por el hijo, por Blanca Niña, apasionado amor, amor mío, repartir amor), pero también divinas:

Amor para la duda y también para el llanto,  
deja que el ángel venga y me arrastre a su encuentro!<sup>22</sup>,

El amor de María, la hermana de Lázaro, a la que muchas veces se funde o confunde con María Magdalena, pertenece a la modalidad del amor místico:

Una cosa, amor mío, me será imprescindible  
para estar reclinada a tu vera en el suelo<sup>23</sup>

19 San Juan de la Cruz. *Cántico espiritual*. Ed. C. Cuevas. Madrid: Taurus, 1993. 105.

20 *Ibid.*, *id.*

21 M.V.A. *De pérdidas y adioses*. Valencia: Pre-Textos, 2005. 58.

22 “Día de la ira”. *Marta & María*. 31.

23 “Marta y María”. *Marta & María*. 58.

La apelación “Señor”, tiene cabida por derecho propio en la obra de M.V. Es expresión común en diversas religiones, directamente tomada del Antiguo Testamento para designar al Creador, y se asume posteriormente para Jesús. La exclamación de Tomás, el Dídimo, cuando admite la divinidad de su Maestro, cuya resurrección había cuestionado, no deja lugar a dudas: “Señor mío y Dios mío”<sup>24</sup>.

En “Diego de Siloé”, de *Las contemplaciones*, María Victoria considera la catedral como “casa de mi Señor y mía”, sin duda porque el siervo comparte y disfruta subsidiariamente la casa del amo, aunque bien pudiera encontrarse, además, en la cita un asunto de tipo biográfico. En los *Trances de Nuestra Señora*, donde M.V. se mete en la piel de la Virgen y se hace una con ella en cada instante que refleja, señalará la familiaridad con ese Señor que conversa con ella: “escucho a mi Señor y mi Señor me escucha”<sup>25</sup>, y reiterará tras el anuncio: “Desde entonces me tienes, Señor, a tu servicio”<sup>26</sup>, un servicio que se completa con la entrega de dos pichones a quien ha sido causa eficiente de la espiga (clara metáfora de Cristo) que crece en su interior.

La familiaridad de la poeta con el Dios en el cual cree la invita a conversar con él, a elevar su oración. Y, en este sentido, la más clara es la titulada “El Monte”, que invita a recordar que Moisés, los profetas, y posteriormente el mismo Jesús, solían separarse a algún lugar elevado para entrar más fácilmente en comunicación con Dios<sup>27</sup>. Jesús lo hace en el Monte Tabor, donde lleva a cabo la Transfiguración delante de Pedro, Santiago y Juan, los más íntimos de sus elegidos. Como Pedro, que quería quedarse permanentemente en ese monte, plantando allí las tiendas que fuesen necesarias, M.V. se siente feliz en ese lugar donde Dios está al alcance de la mano.

Pero es evidente que M.V. se sirve de la dilogía para titular el poema: ese Monte es el colegio, y en el monte (en la subida del monte Gibralfaro, de Málaga) está el colegio donde cursó parte de sus estudios, aunque ejerce como punto específico de oración en el sentido que lo hacía el monte que la mujer de Samaria señalaba a Jesús como lugar específico de relación con Dios para los de su pueblo<sup>28</sup>. María Victoria lo contempla como lugar de juveniles encuentros amorosos:

---

24 Juan, 20, 28.

25 “Trance”. *Trances...* 23.

26 “Plenitud”. *Id.* 29.

27 Está testificado en numerosos lugares de la *Biblia*, y la tradición ha invitado con posterioridad a edificar conventos y centros de oración en lugares elevados.

28 Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar, Juan, 4,20.

## EL MONTE

Señor:

Para verte más cerca necesitaba el monte.  
Allí tu casa estaba tan natural, tan sin  
nada viejo estorbado que hasta el sol se cuidaba  
de limpiarles las hojas a cardos y eucaliptos.  
Nunca olió sitio alguno a tanta pura gloria.  
El campo te sabía más suyo en la mañana.  
Tú pasabas, vivías, dabas forma y color  
a las cosas, y nombre.

Abrir los ojos era del todo necesario:  
reconocerte en tallo y descolgada piedra;  
decirte, con antiguas palabras que conoces,  
el pan nuestro sencillo;  
cantarte en las subientes veredas festoneadas  
de una onda en que vuelan los pequeños gorriones;  
por hormiga en racimo y voz en la distancia  
y nubes que figuran la verdad de tu rostro.

Esperaba el invierno para decirte fuego;  
en cambio, en primavera te hablaba de tus plantas  
como si yo tuviera en crear arte y parte  
y fundido en mi grano llevara tu secreto.  
Te decía de sueños primeros, de palabras.  
Te amaba mientras iba acumulando flores  
con el solo pretexto de ordenar otros vasos.  
¿Quién hubiera podido señalar por entonces  
cualquier color distinto a tus verdes o azules?

Así otoños siguieron cayendo muy despacio,  
alargando distancias:  
la tierra ya tan solo motivo en el recuerdo.  
Al fondo, las señales de la primer simiente  
que hacia arriba levanta, como quien dice ángeles,  
lo bello por suceso<sup>29</sup>.

---

29 *Arte y parte*. Madrid: Adonais, 1961. 10.

Se trata de una oración en cuya primera parte M. V. no hace otra cosa que dar gracias a su Señor por la Creación, perfectamente reconocible en no pocos pasajes de tono genesiaco: para la poeta, el Monte, colegio o lugar elevado, ambas cosas desde luego, es/era el paraíso (“Nunca olió sitio alguno a tanta pura gloria”), un edén físico en el que Dios está presente (“Tú pasabas, vivía”), y donde actúa de forma directa (“dabas forma y color a las cosas, y nombre”), un lugar donde todo canta las maravillas del Creador.

Hay en el texto una mujer joven que vive una relación de amor con su Señor, a quien confiesa sus sueños y ofrece las flores tempranas. Todo es natural, se expresa una relación diáfana entre la mujer y la divinidad, que recuerda a tantas mujeres que iniciaron así una vida de entrega, como Santa Clara, patrona precisamente del centro educativo donde M. V. había iniciado sus estudios.

La relación se mantiene con la oración, que consiste, como señalaba el catecismo que la niña estudiaba, en “hablar con Dios nuestro Padre para alabarle, bendecirle, y pedirle toda clase de bienes”. María Victoria no deja de orar y de manifestar ese contacto con la divinidad. Así en el poema “Hacia las tres”, dirá: “oramos brevemente”<sup>30</sup>, o referirá que según el primo Joaquín, quien durante la contienda se ocupaba de la formación de los más jóvenes de la familia, han de tenerse las manos limpias, pues “han de ser para el pan o son para rezar o pintar”<sup>31</sup>.

La relación con ese Señor que la asumirá como morada, es muy íntima, y el poema “La entrada del Señor”, también de *Arte y parte*, hace suponer una auténtica toma de posesión que coincide seguramente con la ingesta de la Hostia consagrada. La toma de posesión, la interiorización de ese Dios que la pretende, se hace muy vívida, se materializa:

#### LA ENTRADA DEL SEÑOR

Ay, Señor, cómo siento en mi garganta  
tu sandalia; qué bien la reconoce  
mi camino interior cuando su roce  
me llega quedamente y adelanta  
su paso pecho adentro y sabe cuánta  
presencia sobrepone y con qué goce:  
deja entonces que el alma se alboroce  
con el peso tan leve de tu planta.

30 *De la llama en que arde. La señal.* 322.

31 M.V.A. *La intrusa*. Sevilla: Renacimiento, 1992. 34.

Que hay un ven que te invita, un te lo ruego  
 en mi voz, que te llama a este regazo  
 dispuesto para ti como morada.  
 Y, pues ya estás, enciéndeme en tu fuego  
 con esa llama viva del abrazo  
 que tus brazos me dan a su llegada<sup>32</sup>

En *De pérdidas y adioses*, libro de 2005, tan lejano en el tiempo de aquella obra primera, la poeta, que refirió en *Trances de Nuestra Señora* su singular concepción con palabras y hechos marianos, se extasía en la contemplación de Pisa y sus obras de arte, y sufre o goza un instante de arrobamiento nada laico. María Victoria, que había llegado a Dios a través de la Naturaleza en aquellos primeros compases de *Arte y Parte*, lo alcanza ahora a través del arte. Por su medio se produce una nueva posesión, que sigue siendo de fondo religioso cristiano aunque Juan Ramón en sus últimos libros bien pudiera considerarse motivo inspirador:

Oh Dios, y yo ganaba consistencia en aquel cierto  
 modo de posesión, pues tú eras la belleza  
 que se me adentraba  
 mientras que yo iba dándote forma con los ojos<sup>33</sup>.

Poco más adelante, quien ha conseguido la unión con Dios –y volvemos a encontrar a Santa Teresa hecha un todo con su Amado en el origen del poema– la propia M.V. se plantea si puede considerarse “posea” o poseída por la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Puedo aún proseguir, posea del Espíritu  
 (si eso puede decirse), girar y alzarme más alta aún  
 hasta que me derribe la luz a bocanadas; hasta  
 el límite en que pueda soportar la belleza;  
 hasta donde el silencio  
 no me llene la boca de alfileres<sup>34</sup>.

Late, desde luego, en esta estrofa –la segunda del poema– el comienzo de las palabras del Ángelus: “y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo”. María

---

32 *Id.* 16.

33 M.V.A. “Pisa”. *De pérdidas y adioses*. 15.

34 “Si eso puede decirse”. *De pérdidas y adioses*. 17.

fue invitada a concebir a aquel en quien habitará “corporalmente la plenitud de la divinidad” (Col 2, 9). La respuesta divina a su “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (Lc 1, 34) se dio mediante el poder del Espíritu: “El Espíritu Santo vendrá sobre tí” (Lc 1, 35). Pero reconocemos una vez más, en el texto de María Victoria, al Juan Ramón de *Dios deseado y deseante*, que considera a Dios como la suprema Belleza.

El poeta de Moguer, durante su viaje norte-sur por el Atlántico, se había replanteado su concepto de Dios adquirido en los pupitres del colegio jesuita de San Luis Gonzaga de El Puerto de Santa María, para redefinirlo con términos inequívocamente basados en el Credo:

No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,  
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;  
eres igual y uno, eres distinto y todo;  
eres dios de lo hermoso conseguido,  
conciencia mía de lo hermoso<sup>35</sup>.

En *De pérdidas y adioses* encontraremos otro poema donde lo sagrado y lo profano se implican, se interfieren. En “Como Dios en el cisne”, que se inicia con una cita motivadora de Rilke (*Wie der Gott in den Schwan*<sup>36</sup>), María Victoria, que recuerda al poeta checo y su estancia en Ronda<sup>37</sup>, concilia el mito de Leda y el cisne con la concepción de María:

Es como el dios que colma al cisne por su adentro,  
y así colma tus ramas, y yo fuese sintiéndome  
la plenitud de gracia de ese dios que te colma<sup>38</sup>.

Pero Dios, el Dios del cristianismo, aunque en esta ocasión se escriba con minúscula, sigue siendo el co-protagonista, pues ella siente la acción vivífica de la gracia, gracia en el sentido de don gratuito de Dios al hombre para ayudarlo a cumplir mejor los mandamientos y, en el fondo, a ser santo. Esa gracia santificante que M.V. ha estado recibiendo durante toda su vida, prevalece en los últimos compases de su obra, como puede comprobarse en “La hondura”:

35 “La transparencia, Dios, la transparencia”. *Animal de fondo. Libros de poesía*. J. Ramón Jiménez. Madrid: Aguilar, 1979. 1289.

36 Como el Dios en el cisne, título del poema de M.V.

37 Ella y su esposo Rafael León ocuparían durante parte de su luna de miel la misma habitación del Hotel Victoria donde había estado Rilke en 1912-1913.

38 *De pérdidas y adioses*. 18.

Conozco bien tu hondura. ¿Qué podría añadirte?  
 ¿Qué gayomba a tu loma? ¿Qué herriza a tu ladera?  
 Mi amor no te acrecienta. Tú me llevas y acreces  
 y rompes de colmada. Solo soy lo que soy:  
 tu ensueño cuando cierras los ojos. Solo en ti  
 duradera y continua. Alta gracia por ti y dichosa de mí misma.  
 Me dejo en cualquier sitio para seguir contigo;  
 me recojo a tu sombra y prosigo en tu sueño<sup>39</sup>.

Un texto pleno de connotaciones: “soy el que soy” era definición de Dios en el Antiguo Testamento, y “la sombra” es la actividad secreta y misteriosa del Espíritu Santo, como recuerda del ángel de la Anunciación: “y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc, 1, 35). Y el ángel Gabriel había saludado a María con palabras inequívocas: “llena de gracia” (Lc 1, 28).

Por otra parte, los ángeles están muy presentes en toda su obra. El amor de Dios que llega a la mujer y poeta es un amor que le comunica un ángel. Y el ángel, mensajero de Dios, puede ser designado por su nombre propio o con un nombre genérico:

Tu mensajero vino y me habló brevemente;  
 déjame una inquietud que siga a su recado.

Ante su anuncio, la poeta no puede sino responder de inmediato:

Descalza en los umbrales de la aurora me tienes:  
 recogeré mi pelo y dispondré mi cuarto.  
 (Por el otero asoma tu ternura impaciente.  
 Te conozco a su luz. Date prisa. Te aguardo.)<sup>40</sup>

El ángel, mensajero que lleva alguna noticia de Dios, también tiene lugar como referencia artística.

En “Rompimiento”, tras la rotunda afirmación “yo creo en Dios Padre”, del quinto verso del poema, se sitúa al Padre cercado de ángeles bajo idéntica púrpura”, recuerdo de la capilla Sixtina, pero de la propia familia también, donde el padre, Rafael Atencia, ejerce su función como tal.

39 *Id.* 32.

40 M.V.A. *Trances de Nuestra Señora*. Madrid: Hiperión, 1986. 21.

El ángel es, desde luego, quien anuncia un nuevo hijo, y, por ende, un nuevo parto, y un dolor de madre; el mandato del arcángel la convierte en madre doliente, como se advierte en “Soledad”:

La majestad del mundo, el tiempo detenido  
que me trajo el mandato del arcángel  
truécase en duelo y su espesor me ahoga:  
la desposada con la pena soy.  
Deja que este agua que de mí se desborda  
lustre tu rostro, tus pestañas suelte,  
pues no arrebata al mundo  
la gloria cierta de la primavera  
que en un livor de lirios resuelve los ribazos<sup>41</sup>.

Aunque con el paso del tiempo, un ángel, que pudo pertenecer a categoría superior, un arcángel<sup>42</sup>, viene a ser otra cosa:

#### EL ÁNGEL

Llevaba sin saberlo en su garganta un ángel  
que decía no haberlo consentido.  
Un ángel  
era para ella  
un rostro amable suficientemente,  
suspenderse en los últimos semitonos de Bach  
o estarse luego habitadora en sitios  
nunca conocidos. Eso fuera  
—a su manera, claro— un ángel verdadero<sup>43</sup>.

En el resto de los casos, el ángel es mensajero, siempre de buenas noticias, para una mujer que no pierde el contacto con Dios, que vive en gracia.

Esa gracia es un estado, un estado que se presiente definitivo, el estado de comunión continua con Dios, que perdurará durante toda la vida. M.V., que cita a Sta. Teresa para abrir el poema “Los sauces” del mismo libro, (“No me tienes que dar por que te quiera”) prácticamente lo cierra con la expresión: “y en estado de gracia me quedaré a tu orilla”.

41 *La intrusa*. 13.

42 San Miguel o San Gabriel, aunque a veces no se especifica cuál de los dos.

43 M.V.A. *El hueco*. Barcelona: Tusquets, 2003. 83.

El estado de gracia es el de la unión amado-amada, una amada que ha admitido la posesión, el *fiat* que se señala en varios poemas, y que confunde a ambos en un único ser. Con la gracia, el ser humano está más próximo a la divinidad. Su alma está en continua comunión con Dios.

En la obra de M. V. surge con frecuencia el término “alma”, que si en principio tiene cabida en el mismo momento de la creación del hombre como aliento de vida que Dios le insufla, presenta diversos sentidos.

Para la poeta malagueña el alma equivale, en metáfora especialmente fisiológica, a su yo más íntimo: “y yo extendida, calada hasta los huesos de mi alma”<sup>44</sup>, aunque también afirme: “dejarnos el alma derretida en sofoco”<sup>45</sup>.

María Victoria distingue y diferencia perfectamente el alma del cuerpo; para ella es algo más que “cosa pensante”, como la definía Descartes, es una entidad con vida propia. En *Las contemplaciones*, donde el alma está presente en varios poemas, se permite incluso “dar un soplo de vida a los muñecos”<sup>46</sup>. Y, desde luego, hace apelación o invocación a su propia alma, dialoga con ella, para que actúe: “Alma mía, / que en vanos / tientos te vuelves a debatir, regresa, / tú también a los días superpuestos”<sup>47</sup>.

Es posible que en el fondo perviva el salmo 114 (“Alma mía, recobra tu calma, que el Señor fue bueno contigo”), como en otras ocasiones es evidente la parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes necias: “ausente de mí misma y el alma desceñida / las lámparas se fueron encendiendo a mi paso”<sup>48</sup>. Como está presente el pasaje de Lucas 2, 41-52 en “El pozo”:

Me llegaré a su borde con mis pasos vacíos,  
a su humedad constante, a su recogimiento de silencio mortal,  
a su invariable eco desvalido, tumbos  
y enderezamientos,  
*alma hallada y perdida* y días sin amparo<sup>49</sup>.

44 “La creciente humedad”. *Las contemplaciones*. Barcelona: Tusquets, 1997. 85.

45 “Cuerpo a tierra”. *Id.* 25.

46 “La umbela”. *Id.* 13. Con todo, anteriormente, en “Muñeca rota”, había señalado: “sin un alma mecánica que te cubra”, *La intrusa*, 18.

47 “El mirlo”. *Las contemplaciones*. 51.

48 “El príncipe”. *Id.* 73.

49 *El hueco*. 127.

Asimismo está presente la “séptima palabra” de Jesús en el Calvario<sup>50</sup> en un par de versos del poema “Clara Schuman a Brahms”: “Si alguien viese que mis labios se mueven, / pensaría que *encomiendo mi alma*, que no digo tu nombre”<sup>51</sup>.

Pero el alma está firmemente asida al cuerpo, incluso adquiere alguna de las cualidades que corresponden a éste por cuestiones físicas: “se me dilata el alma en el dolor del gozo”<sup>52</sup>. “No cruja por cansada, alma mía enzarzada en mi pared, en mi rodar del tiempo”<sup>53</sup>. Hasta el punto de personificarse metafóricamente: “Habrá un tiempo de sombras o de entreluces donde / vuelva a saberse *el alma adolescente* y tierna / y errante”<sup>54</sup>, que también se descubre en “escribo su esplendor en la piel de mi alma”<sup>55</sup>.

El alma, así personificada, tiene dimensiones: “de un carro que conduzco *alma adentro*”<sup>56</sup>, “y me llega / atosigadamente hasta el *centro del alma*”<sup>57</sup>.

Cierto que, en toda la obra de M.V., el alma es más que un estado del sueño, como se ha pretendido definirla en ocasiones. Para ella en el alma reside el aliento de Dios, por tanto es lo más próximo a Él, y, por ende, la que facilita la unión mística:

#### LA IMAGEN

Tuviese yo, memoria, la levedad de un soplo  
y me estuviera el alma, en su recinto, aunando  
a un dios que alcanza a contemplarse él mismo,  
y hecha vida con él  
al menos por tan solo lo que dura una imagen  
de dios en un descuido suyo,  
antes de que viviera, por mí, mi vida el tiempo  
para luego entregarme, rendida, a su abandono<sup>58</sup>.

En los últimos libros de su producción poética, María Victoria relacionará las aves –palomas, ruiseñores, pájaros– el vuelo en general, con la subida a su monte

50 “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas, 23,45).

51 *La intrusa*. 26.

52 “Un sobre”. *El puente*. Valencia: Pre-Textos, 1992. 16.

53 “El año que viene”. *Las contemplaciones*. 93.

54 “Tiempo de entreluces”. *Id.* 109.

55 “Regina angelorum”. *El puente*. 31.

56 “El carro”. *El hueco*. 97.

57 “Las nubes”. *Id.* 101.

58 *De pérdidas y adioses*. 36.

Carmelo particular, su ascenso a una nueva morada donde se producirá la ansiada unión. “Los pájaros”, de *El umbral*, de 2011, terminará así:

Podría proponerles mi condición efímera a cambio de la suya,  
como si muchos años de luz tomasen cuerpo y yo estuviera  
siendo su vuelo y tiempo y sitio, hasta que me alcanzase  
el necesario toque de la gracia<sup>59</sup>.

Quien vive en gracia de Dios es quien se ha relacionado con Él, y si en algún momento ha suspendido esa relación por cualquier causa, la ha vuelto a recuperar. En el poema “Tiempo de silencio” M.V. lo confirma:

en ocasiones iba  
conmigo el dios que un día abandonara a Antonio  
y que algunas palabras tuyas me iluminaban<sup>60</sup>.

La poeta ha disfrutado de la iluminación con que Dios premia a sus elegidos, ese estado que hacía dichosa y temerosa a la vez a la santa de Ávila, con quien M.V. tiene no pocos puntos en común, pues como ella va trascendiendo cada momento cotidiano para convertirlo en un acto de relación con Dios, el Dios tan deseado como deseante. Descubrirlo en su obra es asistir a aquellas confidencias de las que hablaba Manuel Alcántara, es descifrar un lenguaje que no todos están dispuestos a interpretar en nuestro siglo. María Victoria es algo más que una poeta creyente. Cuando la examinen de amor<sup>61</sup> conseguirá la nota más alta.

## BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. Capillas mediceas. El coleccionista. Sevilla: Suplemento nº4 de la Calle del Aire, 1979.

AA.VV. Trances de Nuestra Señora. Valladolid: Fundación Jorge Guillén, 1997.

59 M.V.A. *El umbral*. Valencia: Pre-Textos, 2011. 17.

60 “Tiempo de silencio”. *Como las cosas claman (Antología poética)*. Sevilla: Renacimiento, 2011. 232. También en *Las iluminaciones*, 235.

61 “Porque me examinase de amor y me tuvieras / como a viña sin amo”, “La almohada”. *El umbral*. 43.

- Alcántara, Manuel. "Presentación del pregonero". *Pasión del Sur. Pregones de Málaga*. Málaga: Prensa Malagueña, 2011. 71.
- Atencia, María Victoria. *Las iluminaciones*. Madrid: Salto de Página, 2014.
- \_\_\_\_\_. *El umbral*. Valencia: Pre-Textos, 2011.
- \_\_\_\_\_. *De pérdidas y adioses*. Madrid: Pre-Textos, 2005.
- \_\_\_\_\_. *De pérdidas y adioses*. Barcelona: Tusquets, 2003.
- \_\_\_\_\_. *El hueco*. Barcelona: Tusquets, 2003.
- \_\_\_\_\_. *Las contemplaciones*. Barcelona: Tusquets, 1997.
- \_\_\_\_\_. *El puente*. Valencia: Pre-Textos, 1992.
- \_\_\_\_\_. *La intrusa*. Sevilla: Renacimiento, 1992.
- \_\_\_\_\_. *Los sueños*. La señal. Málaga: Ayuntamiento, Colección Ciudad del Paraíso 3, 1990.
- \_\_\_\_\_. *Marta y María*. Madrid: Ediciones Caballo Griego para la Poesía, 1984.
- \_\_\_\_\_. *Arte y parte*. Madrid: Adonais, 1961.
- Cruz, San Juan de la. *Cántico espiritual*. Ed. C. Cuevas. Madrid: Taurus, 1993.
- González Iglesias, Juan Antonio. "Serena, clásica, espiritual, viajera: la poesía de María Victoria Atencia". *El fruto de mi voz*. M.V. Atencia. Salamanca: Universidad y Patrimonio Nacional, 2015. 40.